Material Suplementario 2. Transcripción levemente editada de los textos elaborados por Emilio Budin (hijo) donde relata sus vivencias del viaje de colección de su padre y familia en Patagonia durante los años 1927-1928.

LA PATAGONIA QUE YO VI, AÑOS 1927-1928

Respondiendo a un gentil pedido del Dr. Rubén M. Barquez de la Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo de Tucumán, quien ha iniciado un prolijo trabajo sobre la obra de mi padre Don Emilio Budin, que se refiere a la mastozoología Argentina, en su carácter de coleccionista y taxidermista del Museo Nacional de Ciencias Naturales de la República Argentina y otros museos de Europa y Estados Unidos, es que voy a intentar plasmar mis recuerdos infantiles sobre hechos que puedan tener interés para ayudar al Dr. Barquez en su trabajo.

Hasta el año 1935 año en que falleció, a mi padre siempre lo recuerdo en viajes que tenían destino en las soledades de las montañas del norte del país y, en ocasiones, al sur, en lugares cuyos nombres en ese entonces me sonaban completamente extraños.

Durante mis vacaciones escolares en muchas ocasiones lo acompañé, en la misma forma en que anteriormente lo habían acompañado mis dos hermanos. Así recuerdo haber estado con él en Maimará, San Antonio de los Cobres, Trancas, Aguas Las Tipas, Puesto Viejo, Taco Ralo y otros donde permanecimos varios días coleccionando, sobre todo roedores. Pero el viaje que dejo más profunda huella en mi recuerdo fue el que hicimos a la Patagonia. Corría el año 1927, vivíamos en Tucumán y mi padre debía encarar el estudio y clasificación de la fauna del extremo sur del país, es decir, la Patagonia. Volviendo a esa época se comprenderá el profundo estudio que rodeó el proyecto. Hasta que por fin mi padre decidió que, por el tiempo que demandaría tamaña empresa, sería conveniente que fuera toda la familia. Para realizarla era más conveniente ir en automóvil y así fue que, a mediados de 1927, viajó mi padre con mi hermano mayor Carlos a Buenos Aires, para concretar la adquisición. Cuando llegaron a Tucumán con el camión, un Ford modelo 1927, de los que se les decía Ford “a bigotes”, ya empezaron con los aprestos definitivos.

Los viajeros fuimos cinco, mi padre, mi madre, mi hermano mayor Carlos, 19 años, mi hermano Octavio, 17 años y yo, 11 años. En mi caso tuve que interrumpir el 4° grado que cursaba en la escuela superior Mitre y el 1° de Octubre de 1927 nos “largamos a la aventura” rumbo a lo completamente desconocido.

Iba al volante del camioncito mi padre, a quien acompañaba, en el asiento delantero, mi madre. Hago notar que el habitáculo delantero era completamente abierto, sin puertas y tenía, como protección del viento, un parabrisas volcable, que no tenía nada de hermético. Los tres hermanos viajamos en la parte trasera sobre la carga, que era acondicionada de forma tal que pudiera brindar, aunque mas no fuera, una somera comodidad a nuestros cuerpos; esta comodidad no contaba con techo ni nada que se le parezca, es decir, que hicimos todo el viaje completamente a la intemperie. Éramos jóvenes y fuertes. Iniciamos la ruta cruzando el Puente Lucas Córdoba y nos dirigimos a La Banda y Santiago del Estero. Diariamente hacíamos alrededor de 100 o 150 km de ruta. Hay que tener en cuenta el vehículo bastante cargado y, sobre todo, el camino de tierra con “huellones” muchas veces desfondado por los carros de enormes ruedas. En aquella época no había asfalto ni mejoras. Si las rutas actuales estaban delineadas, no tenían ninguna diferencia entonces con los caminos vecinales que nosotros tomábamos, por generosa indicación de algún vecino o transeúnte.

Nuestro camioncito estaba preparado para servir de vivienda en cualquier momento y es así que pernoctábamos donde nos “agarraba” la noche. A propósito de esto, la primera noche de descanso fue antes de llegar a Santiago del Estero. “Paramos” al costado del camino y armamos las camas en el “santo” suelo. Durante la noche, se “levantó” bastante viento y refrescó y cuando nos despertamos, nuestras camas y, sobre todo, debajo de las almohadas, estaba atestado de arañas y toda clase de insectos que vinieron a cobijarse al calor. Esto nos enseñó que era mejor utilizar los “catrecitos” de los que estábamos munidos y mi madre y yo, por ser los más débiles, fuimos destinados a la caja del camión, protegidos por una gran carpa que cubría el camión y se proyectaba como una galería al costado del mismo.

A partir de La Banda tomamos el camino que bordea la vía del Ferrocarril Mitre, hoy Ruta 34, pasando por Fernández, Taboada, Garza y Herrera, donde paramos un par de días cerca de una acequia, pasando la estación hacia Colonia Dora. En ese punto mi padre comenzó su trabajo de coleccionista.

Cuando reanudamos la marcha, lo hicimos siempre al costado de la vía, en aquel entonces Central Argentino, rumbo al sur; mi siguiente recuerdo es Morteros y San Francisco, en Córdoba. Mirando hoy el mapa de esa zona, me doy cuenta que por alguna razón de estado de camino u error, nos desviamos de la ruta directa a Buenos Aires, si es que esta existía en esa época. Después recuerdo Rosario, Pergamino, Arrecifes, etc. Hasta finalmente llegar a Buenos Aires, en la localidad de Morón. Pedimos licencia para acampar en el almacén de Cagnone en Gaona y lo que es hoy Camino de Cintura. En esa época, el almacén de Cagnone era famoso por ser muy frecuentado por corredores de automóviles, pues casi todas las carreras se iniciaban en esas inmediaciones.

Estuvimos en Buenos Aires alrededor de una semana y partimos hacia la gran incógnita de la Patagonia. La campiña de Buenos Aires, con sus inmensas pampas, la seguimos recorriendo por caminos vecinales que en algunas ocasiones eran intransitables por el barro y, muchas veces, tuvimos que recurrir a cuarteadores o artilugios, como llenar los pantanos con ramas de “yuyos”, cadenas o, simplemente, empujar hasta salir del atasco.

Con respecto al itinerario de Buenos Aires, recuerdo Luján, Azul, Olavarría y, sobre todo, Bahía Blanca, Carmen de Patagones, donde cruzamos en balsa hasta Viedma, para entrar ahora si en el principal objetivo de nuestro viaje. A partir de acá nos recibió “su majestad” EL VIENTO, que nos obligó a reforzar nuestros vestidos y recalcular el gasto de nafta. En lo que se refiere a desplazamiento, tuvimos compensación, pues si bien el camino seguía lógicamente sin pavimento, era muy consolidado y no se hacía barro. La ruta era simplemente una huella que derivaba esquivando obstáculos y así, en ciertos momentos, prácticamente bordeaba las barrancas del mar, donde veíamos, por la claridad del agua, desplazarse peces espada, tiburones y otros de menores tamaños.

De Viedma nos dirigimos a Rawson, pasando por san Antonio Oeste, siempre con la práctica del estacionamiento nocturno, pero a esa altura tratando de aprovechar el cobijo de algún “tamarindo” o calafate frondoso.

Al adentrarnos en la Patagonia nos sorprendió la riqueza de la fauna, parecía una “explosión” de animales, como ser cantidades de martinetas, verdaderas bandadas, avutardas de todos los tamaños, bandurrias, guanacos por miles igual que ñandúes.

En esa época la huella se desplazaba por estancias y, muchas veces, se aprovechaban los caminos que eran nexo entre puesto y puesto, lo que obligaba a pasar distintas jurisdicciones particulares que estaban protegidas por alambrados y en las que había tranqueras o “guardaganados”. Las tranqueras había que abrirlas y cerrarlas una vez franqueadas. Justamente, en esos lugares, se “agolpaban” los guanacos para aprovechar y pasar a otro cuadro. Muchas veces mi padre tuvo que frenar el auto o tocar bocina para no atropellarlos. Cuando se asustaban, no necesitaban la tranquera y con un hermoso salto franqueaban el alambrado.

Una vez determinado el lugar donde acamparíamos, mi padre y hermanos, aprovechando la claridad de día y hasta muy tarde, colocaban trampas que se recogían al día siguiente, para concretar el objetivo del viaje y analizar poco a poco la fauna.

Una vez llegados a Rawson y considerar mi padre como un lugar muy interesante para explorar, alquilamos una casa y permanecimos alrededor de 25 días.

Una vez decidida la prosecución del viaje cruzamos el puente sobre el río Chubut y nos encontramos con la novedad que estaban abriendo la picada de la Ruta 3, que aunque de tierra, se podía utilizar de a ratos.

Entre tantas alternativas de rutas evidentemente perdimos el rumbo verdadero y fuimos a “parar” en un amplio cañadón en donde estaba establecido un almacén de campaña. Habíamos llegado a Pico de Salamanca. La zona a mi padre le pareció propicia para hacer un alto de unos días a fin de analizar la fauna. Pidió permiso a los dueños del campo, los que gustosamente nos permitieron quedarnos y, para mejor, nos facilitaron una casita, que a veces utilizaban los peones en épocas de recoger ovejas. En las cercanías había un cañadón, con una especie de acequia húmeda pero sin agua, donde los animales se arrimaban a lamer la tierra. Abundaban los pájaros y mamíferos como guanacos, zorros, maras y se veían evidentes huellas de roedores al pie de los arbustos como calafate o “tamarindos”. La vegetación era la clásica de la Patagonia, arbustos achaparrados y “pasto ruso”. De ese lugar recuerdo dos anécdotas. Una mañana mi hermano Octavio encontró, en una trampa colocada la noche anterior, un animalito de unos 15 a 20 cm de largo que mi padre dijo era una “achocaya[[1]](#footnote-1)” desconocida hasta ese momento y por ese motivo la bautizó como “Achocaya Octavius”, en homenaje a su descubridor. La otra anécdota se refiere a la fecha, estábamos muy próximos a la navidad de 1927 y, para la Nochebuena, mis padres hicieron un viaje hasta el almacén que quedaba a unos 5 o 6 km. Se encontraron con la novedad que los dueños se habían ausentado para pasar las fiestas en Comodoro Rivadavia, por lo que no se podía comprar nada. A esa fecha nuestras provisiones eran escasas y, al hacer el recuento de posibilidades, mi madre se encontró que solo podía disponer de un poco de polenta.

Era la última hora de la tarde y salimos todos los varones a cazar algo, para tener por lo menos carne. Logramos cazar 5 palomitas, una para cada uno y, con la polenta, mi madre fabricó una masa que llenó las funciones de pan. Creo que pocas veces se pasó una Nochebuena tan precaria.

Después de Pico de Salamanca seguimos rumbo a Comodoro Rivadavia, donde paramos un par de días para arreglar el asunto “papeles”. Un vez salidos de Comodoro Rivadavia no hicimos más paradas prolongadas, hasta llegar a Río Gallegos, donde alquilamos una casita más o menos nueva, con techo a cuatro aguas, que estaba ubicada en la calle Zapiola, a unas 4 ó 5 cuadras del centro del pueblo. En esa casa permanecimos calculo que alrededor de dos meses, pues mi padre y mis dos hermanos siguieron viaje hasta Punta Arenas, mientras mi madre y yo los esperábamos en Río Gallegos. Cuando regresaron, venían con problemas en el motor del auto y este detalle hizo prolongar nuestra estadía en Río Gallegos.

Nuestra permanencia en Gallegos fue bastante grata. Los nativos muy cordiales y la casa bastante cómoda, totalmente forrada en madera por dentro lo que la hacía muy caliente. En ese lugar más que en los anteriores visitados, el viento hacía sentir su fuerza, la que solo se aplacaba un momento al caer el sol, alrededor de las 22 horas o más, instante que casi todos los días se hacía presente un “chubasco” de agua, que duraba unos pocos minutos. En esta ciudad cumplí yo los 12 años a fines de Marzo de 1928. Y lo único que pudo “escapar” a la vigilancia de mi padre cuando se cargaba el camión en Tucumán, fue un pequeño aro de hierro de unos 25 a 30 cm de diámetro que yo empujaba con un alambre que terminaba en forma de “u” vertical. Era mi único juguete y mi automóvil imaginario. Lo usaba cuando me encomendaban mandados a los negocios y, en el campo, recorría cuadras y cuadras por los senderos de ovejas o animales con sus vueltas y vueltas. Quería contar esto porque, a partir de San Antonio Oeste, tuve que modificar mi sistema de conducción. En el norte empujaba constantemente el aro, pero a partir del viento de la Patagonia, según la dirección que llevaba, si era viento a favor, debía introducir el alambre en el aro y frenarlo para que no desapareciera. En Río Gallegos los chicos me veían pasar con mi “arito” y no llegué a comprobar si me envidiaban o me encontraban ridículo, pero yo me divertía.

Salimos de Río Gallegos los primeros días de Abril de 1928 rumbo a Lago Argentino. Desde tiempo atrás nos habían prevenido sobre la existencia de “bandidos chilenos” en la zona. Era gente que andaba a caballo y que daba “golpes de mano” en estancias para robar y asesinar. Justamente se contaban historias sobre una Estancia “La Anita” que nosotros teníamos que sobrepasar. En ese sentido no tuvimos inconvenientes de ninguna clase y mucho después, a raíz de una película cinematográfica[[2]](#footnote-2), me enteré que esos movimientos de gente armada tenían otro sentido. No polemizo pues no tengo elementos de prueba, pues yo solo me limito a plasmar lo que “vi y escuché” en la Patagonia. Esta versión de “bandidos chilenos” era consenso general y jamás oí decir que se tratara de un “movimiento social”.

La ruta que seguimos no es la actual, la que supongo se abrió a raíz de la explotación de Río Turbio. Como digo antes, nosotros seguimos una huella que en un momento dado tomaba una bajada, que claro está, nosotros no conocíamos su extensión; mi padre dejó el camioncito en “punto muerto” hasta que la velocidad que adquirió fue realmente peligrosa y, entonces, intentó frenar, pero dado el sistema de frenado por roce de cinta que tenía el camión, la cinta se quemó o destruyó, quedando el vehículo prácticamente sin control y a alta velocidad, en una bajada que después nos enteramos tenía varios kilómetros. Afortunadamente, en el recodo del camino mi padre vio que nacía más o menos suavemente una loma y allá “mando” el camión que se frenó en la subida. No lejos de allí había un puesto de estancia que se llamaba justamente “La Bajada”, que era habitado por una pareja y su hijito, los que inmediatamente se interesaron por nuestra suerte y nos ayudaron de una manera magnifica. Debo decir que en toda la extensión patagónica había una hospitalidad perfecta para todos los viajeros, llegando a los extremos que, cuando un puestero debía ausentarse, dejaba el puesto abierto y con provisiones, por si alguien necesitaba albergue o, por emergencia, hospedarse. En nuestro caso particular, en todas partes fuimos magníficamente atendidos, no sé si por lo remoto de nuestro origen, “Tucumán”, o por el hecho de que viajaba una mujer, mi madre y un chico, yo. Esto no era muy usual para esa época.

Sigo mi relato. Después de cambiar la cinta de freno, colocando en su reemplazo la cinta de marcha atrás, seguimos viaje hacia Calafate donde llegamos un domingo. Solo recuerdo una casa con ligustrina alrededor, donde funcionaba la comisaría y, como era justamente día de elecciones de presidente de la República, a mi padre y a mi hermano mayor, que eran los únicos que votaban, les hicieron firmar las libretas como comprobante de que no se encontraban en su residencia habitual. Ese día se eligió como presidente al Dr. Irigoyen para su segunda presidencia. Durante el acto de firma de la libreta se encontraba presente un señor que resultó ser el dueño o administrador de la Estancia Alta Vista; lamentablemente, el nombre no lo recuerdo. Este señor nos invitó a almorzar en la estancia y extremó su gentileza hasta recomendarnos a los Sres. Stpitizick, de la Estancia Cerro Buenos Aires, que se encontraba justamente en la zona, que a mi padre le interesaba como aposentamiento. Una vez llegados a la Estancia Cerro Buenos Aires y atendidos en forma más que cordial, nos ofrecieron el puesto de Don Bartolo, quien se había ausentado por unos cuantos días. El puesto de Don Bartolo era una casita de chapa de zinc forrada en madera por dentro, con una cocina económica de hierro que también servía como estufa o “salamandra”. El paisaje era formidable, cerros en lontananza cubiertos de nieve y allí, a unos pocos metros, un hermoso bosque de altos árboles surcado por el río Mitre, de aguas heladas y transparentes. No recuerdo que hubiera pesca, pero mis ocupaciones diarias consistían en juntar leña para la cocina e ir a buscar leche a la casa de un señor vecino que creo recordar se llamaba Cecilio Freire. Este señor tenía su establecimiento a más o menos a 20 cuadras del Puesto de Don Bartolo. Vivía solo y tenía una vaca a la que ordeñaba y, con toda generosidad, nos destinaba una porción, cosa que a nosotros nos venía de maravillas, pues desde la salida de Tucumán y una vez entrados a la Patagonia, la única leche que se obtenía era la condensada, que si no recuerdo mal se llamaba “Hirondelle”, de procedencia Suiza. Conversando con el señor Cecilio se hizo más presente y evidente la historia de los “bandidos chilenos”, pues su establecimiento había sido atacado y se observaban todavía rastros de proyectiles en las paredes de troncos. A consecuencia de este ataque su señora esposa había sufrido un “shock” nervioso tan importante que tuvo que internarla en un establecimiento de salud, en Buenos Aires. Casualmente, a raíz de un paseo que hice en febrero de 1990 por esa zona, hablando de este tema con el dueño del Hotel en Río Gallegos, me dijo que esta señora había fallecido hacía más o menos una semana.

La persona con la que estuvimos más en contacto en la Estancia Cerro Buenos Aires fe el señor Baldovic, creo que administrador de la estancia. Buena estampa de hombre muy amable y servicial. Vino a vernos en varias oportunidades para interesarse por nuestra tranquilidad y conforto. En una ocasión tuvo oportunidad de cazar un lechuzón que le trajo y mi padre, se lo embalsamó, con las alas abiertas y quedó de recuerdo en la estancia.

En Lago Argentino permanecimos alrededor de 20 días a un mes y pusimos “proa” a Puerto Santa Cruz, pues el otoñó estaba u poco avanzado y mi padre no quería estar tan al sur con los primeros fríos del invierno. El retorno se hizo sin paradas largas hasta Rawson, donde nuevamente pasamos unos días en una casita a una cuadra de la casa de gobierno.

Salidos de Rawson, seguimos la costa del Atlántico hasta San Antonio Oeste, donde nos desviamos hacia el oeste para dirigirnos a Choele-Choel, pasamos por unas localidades que se llamaban Médanos, Indio (o India) Muerta, Aguada Cecilio, para llegar a Valcheta, donde una vez más tuvimos la impresión de la presencia de gente de “mal vivir” a caballo, pues mientras mi padre estaba comprando nafta en latas (dos latas por cajón), se aproximó un señor que se identificó como comisario de la localidad y se oponía a que siguiéramos el viaje por el peligro que representaban esos bandoleros, pues ellos en el pueblo estaban prácticamente en “pie de guerra”, esperando un ataque de esta gente. Merced a los documentos que acreditaban su condición de enviado del Museo Nacional Bernardino Rivadavia y la prisa que tenía por llegar a Choele-Choel, consiguió que este señor accediera a la prosecución del viaje con las recomendaciones del caso. Es de imaginar la angustia que nos invadió ante ese peligro inesperado, pero en ese sentido no tuvimos ningún inconveniente; solamente a una cubierta trasera del camioncito se le hizo un corte, pero mi padre lo solucionó cazando un guanaco y haciendo tientos con el cogote, para envolver fuertemente el sector lesionado. Así llegamos sin más novedad a Choele-Choel. Alquilamos también allí una casita y, como era intención de mi padre permanecer una “temporadita”, para evitar que yo me aburriera, mi madre consiguió que me anotaran en la escuela en el cuarto grado, que yo cursaba al salir de Tucumán. Recuerdo que para el 25 de mayo se hizo una linda fiesta patria con desfile de escolares, hasta un mástil que había en un extremo de la calle principal. Después, a los chicos nos dieron chocolate y masitas como si nosotros hubiéramos hecho algo por la independencia de la patria; en fin, fue una linda fiesta y volvimos todos a casa muy felices.

Salimos de Choele-Choel a fines de mayo y nos dirigimos a Fortín Uno y Pichi Mahuída, donde cruzamos el río Colorado, no recuerdo si en balsa o un puente. Cruzamos La Pampa por caminos prácticamente vecinales, no había otro y entramos en la provincia de Buenos Aires tocando Carhué, Guaminí, Daireaux, 25 de Mayo, Norberto de la Riestra, Pedernales, Ernestina, hasta desembocar en los alrededores de Buenos Aires y aposentarnos, nuevamente, en Morón, en el almacén de los Cagnone. Estábamos ya en la segunda quincena de junio de 1928; estuvimos pocos días en Buenos Aires y zarpamos para Tucumán. No sé decir por donde salimos de la Capital, solo recuerdo Campana, San Nicolás, Rosario y me imagino por Sunchales. Tomamos el costado de la vía del FFCC Argentino, hoy Mitre, es decir, lo que es actualmente la Ruta 34, pues recuerdo perfectamente Ceres, Colonia Dora y Herrera, donde paramos dos o tres días al costado de una acequia, donde pescábamos bagres. Este lugar lo recuerdo con certeza porque hay allí una señal del ferrocarril de entrada a la estación. Mi madre tenía una olla “papín”, que hoy se llaman “Marmicoc”, y un día que esta hirvió muy fuerte, su pitido penetrante llegó a oídos de la gente de la estación y mandaron un peón a ver, si cerca de la señal había un tren pidiendo paso. Hago la aclaración que había una pequeña curva y el lugar era un alto algarrobal, por lo que no se veía desde la estación. Después de Herrera no paramos más hasta Tucumán y la única anécdota que puedo contar es que para cruzar el río Dulce, que a la ida lo habíamos hecho en una especie de lanchón cruzado con dos andamios de albañil, del tamaño adecuado y el auto sobre los andamios, como dije, al regreso nos encontramos con la “buena nueva” que ya estaba construido el puente ferroviario, actualmente en uso, pero que aún no estaba habilitado al público. Nuevamente, las acreditaciones oficiales de mi padre y la buena voluntad del responsable de los trabajos hizo posible que nosotros utilizáramos este puente cuando su piso recién regado de alquitrán o betún, posibilito que fuéramos uno de los primeros vehículos que lo cruzara. Cada vez que estoy por esa zona lo recuerdo y lo cuento. Finalmente, llegamos a Tucumán sin más incidentes, el 8 de julio de 1928. Una vez cruzado el puente Lucas Córdoba en la Banda del río Salí y a las vistas de las torres de nuestra catedral, el corazón nos latía fuerte, pues se aproximaba el fin de una aventura, que si bien nos enriqueció en nuestros conocimientos y capacidad de “aguante”, también nos deparó muchos ratos de zozobra y angustia al enfrentar lo desconocido.

APUNTES SOBRE “LA PATAGONIA QUE YO VI”

Deseo plasmar algunos recuerdos desperdigados que no tuve ocasión de asentar en mi relato sobre “la Patagonia que yo vi, años 1927-1928”

No recuerdo estaciones de servicio de automóviles organizadas como tal. La nafta se compraba, hasta Buenos Aires, en algunos locales, por lo general almacenes de Ramos generales, que tenían surtidor con dos recipientes en su parte de arriba con capacidad de 5 litros, que se llenaban alternativamente de acuerdo al combustible solicitado. En la Patagonia ni eso, la nafta se compraba en cajones con dos latas de 20 litros y la marca era “Texaco” y se vendía también en los almacenes. Entrando más en la Patagonia, el lugar casi obligado era la “Compañía Importadora y Exportadora de la Patagonia[[3]](#footnote-3)” donde se conseguía cualquier cosa, desde vestidos hasta comestibles, pasando por todo lo de ferretería y anexos.

En la campiña de Buenos Aires mi madre muchas veces se aproximó a las casas de campo y le vendieron huevos de gallina a 10 centavos la docena y cosas por el estilo, como pan casero, grandes, redondos y con mucha miga y cáscara gruesa. En la Patagonia no se veían gallinas ni vacas, por lo que los huevos y leche y sus derivados no eran frecuentes. Mientras que una masita en confitería estaba alrededor de 20 centavos, en Tucumán se pagaba 5 centavos.

Era muy frecuente encontrar tiradas envolturas de tabaco rubio de pipa y los cigarrillos qué más se fumaban eran “The Flag” y “Camel”. Esto lo constataba por las marquillas que se veían en el suelo.

El viento era tremendo, incesante durante casi todo el día, sólo al ponerse el sol amainaba un tanto y, entonces, solía caer una lluviecita que la llamaba chubasco, después el viento era amo y señor. “Arrachado” de gran violencia, yo he visto llevar rodando balas de lana de 200 kilos, cuadradas, sin mayor dificultad. Había que tener cuidado de no dejar alguna lata destapada pues un golpe de viento, la volteaba con toda facilidad y se perdía su contenido.

En los cañadones se veían inmensas majadas de ovejas, pues ahí encontraban alimento y estaban más resguardadas de las inclemencias del tiempo; nos contaban los lugareños que en el invierno cuando nieva, se agrupan unas cuantas y la nieve les cae encima hasta cubrirlas. Luego, el propio calor de sus cuerpos derrite la nieve hasta formar una chimenea, por donde sale el aliento en forma de vapor y qué sirve de señal a los peones para encontrarlas y desenterrarlas. Yo lo cuento como me lo contaron a mí, sí es cierto, en la actualidad debe seguir sucediendo lo mismo.

Otra de las cosas que recuerdo referente al viento, son los remolinos que se formaban y la violencia que tenían. Era muy frecuente encontrar molinos de viento marca “Agar Cross” o “Istilart”, para sacar agua y formar bebederos para el ganado, algunos con tanques australianos. Pues bien, cuando un remolino coincidía con un molino de viento, por lo general lo dejaba destruido o semidestruido; en alguna oportunidad, andando por el campo, he sido sorprendido por alguno de estos remolinos y tuve que asirme desesperadamente de algo, para evitar que me proyectará por el aire.

Otra cosa que nos llamó la atención fue que los puestos de las estancias estaban siempre listos para cobijar a cualquier persona que necesitará amparo, hasta un punto tal que nos contaban que, en caso de que los puesteros tuvieron que dejar sólo el lugar, tenían instrucciones de dejar el albergue accesible en su interior con provisiones de comida. Si bien nunca tuvimos necesidad de aceptar tan generoso ofrecimiento, pues nosotros viajábamos con nuestra casa rodante y provisiones para muchos días, cada vez que por una u otra circunstancia nos “arrimamos” a un puesto, fuimos cordialmente atendidos, verbigracia en “la bajada” del Lago Argentino, dónde nos quedamos sin frenos en el auto. Cómo detalle cuento que, en este caso, la señora del puestero, en su afán de agasajarnos, nos preparó un postre que se llamaba “huevos a la nieve”, al cuál le hicimos los honores correspondientes.

La fauna de la Patagonia era riquísima; en toda su extensión encontramos importantes manadas de guanacos que apacentaban confiados en la vigilancia de sus guías, con sus cabezas enhiestas en permanente vigilia. Se encontraban manadas de 20 ó 30 individuos, pero la cantidad de manadas era tal que no se podían contar. Lo mismo sucedía con los ñandúes, que eran un poco más ariscos, los que se encontraban en bandadas, pero en cuanto veían u oían el auto “disparaban” haciendo “gambetas”, seguidos de sus “charitos”. De la misma manera, en abundancia, se encontraban “copetonas”, las que se veían en grupos seguidas por sus pollitos. Era abundante la cantidad de maras, las que muchas veces se quedaban acurrucadas al ver pasar el auto.

Los tres hermanos que viajábamos en la parte posterior del camión, prácticamente sobre la carga que nos servía de sillón, teníamos una visual amplia y perfecta de todo lo que nos rodeaba. Todas estas maravillas nos impactaron como novedad, pero a medida que nos adentramos en este fabuloso territorio, ya no nos llamó la atención ver cantidades enormes de avutardas, bandurrias, gaviotas, etcétera. En la orilla del mar encontramos almejas, cholgas, que mi madre aprovechaba para hacer unas sopas riquísimas. Por otro lado, cuando acampábamos y yo me daba una vueltita por los alrededores, podía comprobar la generosa existencia de cuevas de tucu tucu, algunas veces encontraba tortuguitas cerca del mar y peludos, muchas veces aplastados por los vehículos. En la base de los troncos de los calafates, se constataba la existencia de colonias de roedores, no puedo precisar de qué familia, pero yo se lo informaba a mi padre, el que hacía una visita de inspección y decidía si valía la pena colocar trampas.

Estás manifestaciones de vida silvestre variaban de acuerdo a la zona que visitábamos y, si la costa del mar era rica y variada, al llegar a las cercanías de la cordillera en Lago Argentino fue una lujosa explosión de variedad y cantidad. Puede ser que al estar acostumbrados durante meses y miles de kilómetros a ver un paisaje panorámicamente chato y desolado, al llegar a semejante belleza nos hubiera hecho la impresión de un paraíso. Vuelvo a hablar de la fauna: ya era frecuente encontrar guanacos, “chulengos”, ñandúes y hasta “charitos” muertos al costado de la ruta, víctimas de los inmorales de siempre, que los sacrificaban por el solo hecho de hacer puntería.

Así es que hoy se recorre toda la Patagonia, como me tocó a mí en 1990, y no hay ni rastros de todo aquello, a tal punto que en Península Valdés el guía de la excursión alborotó a todo el pasaje para que vieran 3 guanacos juntos.

La inmensa planicie patagónica está interrumpida de tanto en tanto por depresiones, que corren de Oeste a Este, que los nombran como cañadones. Me atrevería a arriesgar una hipótesis: que se trataría de antiquísimos ríos hoy secos, por no sé qué circunstancias, que en épocas pretéritas volcarían las aguas cordilleranas al Océano Atlántico. En su fondo se conserva una humedad incipiente, que permite la existencia de “yuyos” y pequeños arbustos, que en la planicie no se ven. En algunos lugares, la humedad llega a ser tan evidente que se notan los “lengüetazos” de los animales, ovejas, guanacos, etc., buscando alivio a su sed.

Recuerdo un par de anécdotas que atestiguan la generosidad de la gente del Sur de aquellos tiempos. Estando en Río Gallegos yo solía dar una vuelta por las cercanías de la ría, a la altura donde está una farola negra; una tarde, yo contemplaba como atracaba una lancha de pesca; al quedar ésta en tierra, me aproximé para ver lo que habían pescado; era abundante y entonces uno de los pescadores me preguntó: vos sos el “tucumanito”? al contestarle que si, eligió un pescado enorme y me lo regaló. Creo que era un róbalo, pero tan grande que no podía levantarlo, yo tenía 12 años entonces. Con un alambre pasado por las branquias, lo llevé colgando sobre mis espaldas, igual que aquella propaganda de la “Emulsión de Scott”.

En otra ocasión, en una confitería que estaba en la Avenida Roca (creo recordar que su vereda era de madera, tenía una vidriera más bien chica y, para entrar al salón, había que subir una o dos escalones), yo llevaba 5 centavos, que era el precio de las masitas en Tucumán. Pero al elegirla en el mostrador el vendedor me dijo que valían 20 centavos cada una. Un señor, que estaba conversando con el vendedor, al ver mi desencanto, me dijo que eligiera una y él pagó la diferencia. Estos gestos quedaron grabados para siempre en mi memoria.

1. Nota de los autores: “Achocaya” es nombre vulgar empleado en el norte argentino para pequeños marsupiales. La referencia aquí, en Pico de Salamanca, seguramente alude a la colecta que hizo Budin de varios ejemplares de *Lestodelphys halli*, que por la época era muy poco conocida. [↑](#footnote-ref-1)
2. Nota de los autores: segura referencia al film “La Patagonia Rebelde” (dirigida por Héctor Olivera, 1974), donde por primera vez se expuso, en forma masiva, el conflicto ovejero que marcó trágicamente la historia patagónica entre 1920 y 1921. La estancia mencionada en el relato fue una de tantas en las que se fusilaron a cientos de huelguistas, hechos fraguados en los partes militares como “enfrentamientos”. Osvaldo Bayer desnudó, en sus varias obras (e.g., Los Vengadores de la Patagonia Trágica, 1972-1978), la verdad de estas masacres de peones que diezmaron la población de Patagonia austral. [↑](#footnote-ref-2)
3. Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia, más conocida como “La Anónima”, fundada por las familias Braun y Menéndez en 1908, pioneros de la explotación comercial en territorio austral. [↑](#footnote-ref-3)